

gloría en ignominia (1)? Focion, varon ilustre de Grecia, hablando un día á una numerosa asamblea, al oír los aplausos y los homenajes que sus conciudadanos le tributaban, dirigiéndose á los que tenía más cerca, les dijo: Al ver que todos me aplauden, temo haber dejado escapar algun despropósito ó alguna palabra ridícula (2). Hasta aquel pagano, aborreciendo las adulaciones, se consideraba solamente apto para decir ridiculeces ó despropósitos. Y, para aducir un hecho sacado de las Vidas de los Santos, cuando Santo Domingo se vió en Tolosa rodeado de la estimacion universal, la abandonó, y se trasladó á Carcasona, donde tenía muchos enemigos, y donde le aguardaban muchísimas persecuciones; y contestando á los que le preguntaban el motivo de haber cambiado de domicilio, les decía: Prefiero los enemigos que me odian aquí, que los admiradores que me celebran en Tolosa (3).

(1) OSEA, IV, 7.

(2) Plutarco. in Phocion.

(3) Lohn, Bibl. I, 958.

DISCURSO XIX.

SILENCIO.

Si quis in verbo non offendit, hic perfectus est.

Si alguno no tropieza en palabras, este tal es perfecto. (JACOB III, 2).

Fué siempre motivo de admiracion el silencio de Jesucristo. Él, que á la edad de doce años se había sentado maestro entre los doctores de la ley, derramando de sus lábios palabras de sabiduría celestial; Él, que arrastraba las turbas admiradas, anhelosas de oír sus discursos, hasta el punto de olvidarse del indispensable alimento; Él, de quien corría la fama, de que ningun otro hombre se expresase con tanta energía y suavidad; calla, sin embargo, cuando todo induce á creer que debe hacerse oír con más energía. Calla si se le acusa injustamente; calla delante de Herodes, negándose á satisfacer la curiosidad que agujoneaba á este rey de oír sus doctrinas y de presenciar sus milagros; calla si Caifás le insta para responder; calla si le condenan; y calla hasta permitir que se le tenga por loco. Este silencio no es tan solo una apología de la inocencia de Aquel, que sabe conservar una serenidad imperturbable entre crueles persecuciones y preparativos de muerte; ni es tampoco una expiacion de las culpas de los hombres para alcanzar el perdon por los pecados innumerables de la lengua; sinó que es, además, un ejemplo para invitarnos á que no abusemos de ella, y á callar. De esta suerte Jesucristo, como siempre, al paso que hace resplandecer su grandeza, y nos hace palpar con la mano su amor infinito hácia nosotros, aún callando, nos dá importantes enseñanzas de provechosa moral.

La criatura, que más se distinguió en oír sus preceptos y en seguir sus máximas fué María. Aún no le había visto realmente; pero, le llevaba en sus entrañas, y por interior inspiracion oyó sus instrucciones

antes que ningun otro mortal. En efecto; Ella calló constantemente, excepto en raras ocasiones, de tal manera, que aún cuando abrió los labios para hablar, se mostró amatísima del silencio. De este silencio nos habla toda su vida. Voy, pues, á tratar de esta virtud, ya que tanta necesidad tienen de ella, así los grandes como los pequeños, los ricos como los pobres, los sábios como los ignorantes, y cuantos llevan en vasos de barro el tesoro inestimable de la gracia. Pidamos ántes los auxilios de la gracia por intercesion de la misma Virgen: A M.

El silencio es digno de alabanza, cuando no por otro motivo, porque evita los muchos pecados que se cometen con la lengua. ¿Y quién podría contar las blasfemias contra Dios, las murmuraciones contra el prójimo, y las impacencias contra sí mismo, de que se hace reo el hombre con la lengua? ¿Quién podría referir las escandalosas alegorías, las conversaciones obscenas, las alusiones indecentes y los equívocos impuros que en los salones y en las plazas son casi los únicos alicientes del trato común? La lengua, decía San Agustín, es como un horno, del cual sale á todas horas humo que ennegrece, y fuego que quema (1); es como una leona, afirma San Basilio, que muerde donde quiera que hincó los dientes, y como la conciliadora de todo lo reprobable (2); es, dice el Apóstol Santiago, un mundo entero de maldad (3). ¿Y quién, pues, dejará de convenir en el mérito del silencio, puesto que sirve de obstáculo y pone coto á tantos pecados como se cometen por la lengua?

Es, además, digna de alabanza esta virtud, porque no permitiendo que salgan de nuestra boca palabras inconsideradas, hace que todas se pesen en la balanza del Sábio (4). Hablar mucho, y hablar bien, son dos cosas incompatibles, puesto que el que habla mucho, no puede hacerlo con reflexion, y sin reflexionar no se habla conforme. El gran secreto para hablar bien consiste en hablar poco, por la razon de que, como asegura el Espiritu Santo, en el mucho hablar no falta pecado (5). Ciertamente, que nada bueno encierran ciertos chascarrillos, que en las murmuraciones acrimoniosas, en las ironías mordaces, y en los relatos perjudiciales á la fama del prójimo, hallan materia para suministrar nuevo movimiento á los pulmones y nuevas

(1) Confes., cap. 27.

(2) S. Basil., in Psalm. 33.

(3) JAC. III, 6.

(4) ECCLÉ. XXVIII, 20.

(5) PROV. X, 19.

ideas á las frivolidades de los conceptos; nada bueno contienen ciertos discursos ó conversaciones frívolas que á nada conducen, sin otro objeto que pagar contribucion á la costumbre y á la necesidad de charlar. El silencio, por el contrario, nos obliga á hablar poco; y, por lo mismo, nos coloca en la precision de hablar premeditada y juiciosamente. Por consiguiente, si puede resultar mucho mal del mucho hablar, puesto que en el hablar con destemplanza no falta nunca algo de imprudencia, de insensatez ó de soberbia; mucho bien puede adquirirse del silencio, ya que con hablar poco no se ofenden, por lo ménos, las leyes de la religion, de la modestia y de la caridad.

Otra de las ventajas del silencio consiste, en preservarnos de ciertas palabras, que, por lo comun, no se juzgan pecaminosas, y no obstante, serán por el Señor severamente juzgadas. Por más que se quiera considerar la palabra como un sonido efímero, que se desvanece apenas pronunciado, sabemos, á no dudarlo, que de toda palabra ociosa se deberá dar estrecha y minuciosa cuenta en el día supremo (1). ¿Qué será, pues, de ciertos eternos habladores, que hablan mucho sin decir nada, semejantes á ciertos globos hinchados de viento, á los cuales todo falta si les falta el gas; y de ciertos insípidos charlatanes, que no saben nunca callar? Aún concediendo, que sus lenguas no pertenezcan al número de aquellas, que prefieren la iniquidad á la justicia; concedido, igualmente, que sus discursos no son como torrentes de lluvia, acompañados de rayos y truenos, y que sus conversaciones no adolezcan de fingimiento y mentira; con todo, no podrá negarse, que entre la multitud de palabras abundan frases de doble sentido, inconvenientes despropósitos y punzantes sarcasmos, que, cuando ménos, entibian la caridad; é interminables habladurías, que roban el tiempo que se debe emplear en prácticas piadosas, y en el cumplimiento de los deberes del propio estado. No sucede así con el silencio. Hablando poco, no se cae en dichas ruindades, no se mancha el alma con estas impurezas, ni se ensucia con esta pez, que cuanto más pegajosa es, tanto más origina fatales consecuencias.

Persuadidos de esta verdad, no pocos antiguos varones piadosos poblaron la Nitria, la Tebaida y las arenosas soledades del Egipto. Allí, desnudos de los sucios vestidos de la rebelde naturaleza, y solícitos de volar al Cielo con alas de paloma, entregáronse al ayuno y á las maceraciones; y tal era su silencio, que, solo atentos á hablar con Dios, casi perdieron el hábito de conversar con los hombres

(1) MATTH. XII, 36.

Veteranos en muchas batallas, no se durmieron sobre sus laureles, sinó que, intrépidos y valientes cuanto puedan serlo los hijos de Adán, no dejaron de temer de su propia debilidad; cargados de años y de virtudes, tuvieron siempre temor de caer víctimas de la presuncion; instruidos por deplorable experiencia de las enfermedades del barro, de que somos formados, y de los enemigos que nos rodean, en todo vislumbraban peligros; y para prevenirse contra las asechanzas que se tendian para su daño, y contra las tempestades que se cernían sobre su cabeza, no encontraron mejor remedio que añadir el silencio á las disciplinas y á los cilicios.

Lo mismo practicaron tantas vírgenes, que á pesar de la fascinacion de los sentidos, de la debilidad del sexo, y de la violencia de las tentaciones diabólicas, conservaron intacto el lirio de la pureza; tantos mártires, que sufrieron destierros, cárceles y ecúleos, hasta reputar por leve cosa el morir despedazado; las propias huellas siguieron otras personas de toda edad y condicion, que, en medio de terribles tentaciones y de pavorosas borrascas, abordaron en el puerto de la eterna salvacion. No hubo ninguno entre ellos, que no hubiese cerrado diligentemente los lábios; ninguno que, orgulloso de sí, no hubiese procurado vencer su fragilidad con el silencio.

En las páginas de las historias antiguas se leen una infinidad de nombres de esos varones celebérrimos, y de esas virtuosísimas heroínas; de manera, que muy fácil me sería embellecer mi discurso con la narracion de sus heróicos hechos. Mi deber, empero, no me permite fijar la atencion en las diversas plantas que embellecieron con fragantes flores y sabrosos frutos la mística viña de Engaddi; sinó fijar la mirada en Aquella, que fué, entre todas, la palma de Cades. En efecto; María, inmensamente superior á las almas más ilustres y á las más escogidas, habiéndose manifestado siempre sobremanera amante del silencio, nos ofrece con su ejemplo una prueba evidentísima acerca del asunto que me he propuesto explanar en el discurso de hoy. No cabe duda, que María fué extraordinariamente amante del silencio, porque solamente en muy raras ocasiones desplegó los lábios para hablar;—porque calló hasta en los acontecimientos más felices;—porque calló hasta en las circunstancias más dolorosas;—y no habló, aún cuando el silencio pudiera irrogarla algun perjuicio.

Sí; María fué extraordinariamente amante del silencio, ya que tan solo en pocas ocasiones abrió los lábios para hablar. A excepcion de lo que respondió al Arcángel al anunciarle la Maternidad divina;

de lo que dijo al encontrar á su Hijo despues de perdido; de las palabras que pronunció en los montes de Hebrón y en las bodas de Caná; no sabemos que hubiese articulado ninguna otra palabra. Sabemos más bien, que depositaba en el fondo de su corazon las cosas maravillosísimas de las cuales era testigo y principal parte, y las ponderaba y las comparaba entre sí para reconocerlas mejor, admirar y alabar la divina bondad y la sabiduría divina (1). A la culpable indiferencia de los hombres, que en el torbellino de las distracciones mundanas desconocen el valor de la reflexion, é ignoran las ventajas de la meditacion, oponía la más diligente atencion á los misterios á que había cooperado.

Sí; María fué extraordinariamente amante del silencio, porque calló en los acontecimientos más prósperos. Llegó el tiempo suspirado por espacio de cuarenta siglos, y se entonó el hosanna al Altísimo, que, acordándose de sus misericordias, dió á los hombres el Salvador. Los ángeles descienden de las celestiales alturas y cantan himnos de gloria; los pastores, que guardan los rebaños, sabida la buena nueva, acuden á Belén; los Magos vienen de tierras remotas para adorar al Niño nacido en un pesebre; y Simeon y Ana profetizan; pero María calla al oír los cánticos de los ángeles, al ver los homenajes de los pastores y los obsequios de los Magos, y al meditar las profecías de Simeon y de Ana. Quiere vivir ignorada del mundo, y calla por más que oiga sus discursos, sus narraciones, sus fiestas, las manifestaciones de su alegría y de su gratitud.

Sí; María amó extraordinariamente el silencio, porque calló hasta en las circunstancias más dolorosas. A los días alegres suceden días tristes, y á las imágenes de júbilo sobrevienen las imágenes de la amargura. Predestinada para sufrir acerbísimos dolores por el mismo fin que se sometía el Hijo á cruelísimos tormentos, María debió tener conocimiento anticipado de los padecimientos, en medio de los cuales andaría naufraga, y prepararse con tiempo al martirio que se le disponía en la pasion de Jesús. Una espada de dolor atravesó su alma, probó los martirios de las más agudas aflicciones; su corazon fué oprimido por la tristeza, su espíritu por las angustias, y creciendo en años, creció en la vida crucificada que Dios exigía de Ella. No obstante, cuando llega la hora de serle robado el más amable de los hijos de los hombres, y con los propios ojos contempla sus postreras

(1) Luc. II, 19.

agonias, y con los propios oidos escucha sus últimos suspiros; no se lamenta, no se queja, no habla, y calla.

Si; María amó extraordinariamente el silencio, por más que pudiese ocasionarle algun daño. José, desposado con Ella en castas nupcias, y custodio fidelísimo de la integridad virginal que admiraba en su consorte, la descubre en cinta. Ignorando la prodigiosa concepcion de María por obra del Espíritu Santo, vacila acometido de indecibles dudas. María, que con una sola palabra hubiera evitado tantas angustias á José, y defendido su decoro, más bien que hablar para sincerarse, calla.

Si María, pues, calló hasta en los momentos más felices, en las circunstancias más afflictivas, y en los hechos en los cuales le perjudicaba el callar, está claro que amó el silencio sobre toda ponderacion; y si calló en el momento de celebrar sus glorias, cuando se predicaban sus virtudes, y se glorificaban sus beneficencias, no cabe duda que amó el silencio más que sus glorias, más que sus virtudes, más que sus beneficencias. Así, pues, si amó el silencio con tanto ardor, si se apoyó en él con tanta firmeza, y lo mantuvo con tanta constancia, debemos concluir, que María fué amantísima del silencio.

Con lo dicho hasta aquí, no infirais que quiera yo reprobar todo discurso, ni toda palabra discretamente festiva é inocentemente expresada. Al condenar las sagradas Escrituras la verbosidad, no reprueban la conversacion de asuntos ó cosas inocentes de suyo, necesarias ó útiles para los interlocutores; pues, aún cuando condenen las palabras ociosas, no quedan por ello excluidas del trato de los hombres las conversaciones útiles, amenas y recreativas. Lo que, si, condenan, expresamente, son: los discursos malos, peligrosos, impíos, ó, por lo ménos, inútiles; aquello de que deberá darse estrecha cuenta á Dios, son: las palabras que, hijas de la ociosidad y de la malicia, enfrían la caridad, siembran la discordia, y provocan la sensualidad. Por el mismo motivo, no infringen la virtud del silencio aquellos que hablan, ó para celebrar las glorias del Señor, ó para enseñar á los ignorantes y convertir á los pecadores; no hablando nunca excesivamente quien habla bien y á propósito. Pero, si, han de reputarse reos de violado silencio aquellos que, si bien pronuncian pocas palabras, hablan, ó para ofender á Dios, ó para morder, ó para engañar y pervertir al prójimo.

Por lo que respecta á nosotros, hermanos míos, propongámonos no hablar de hoy en adelante sin necesidad, ó sin provecho; y á fin de

que nuestras conversaciones sean buenas ó útiles, tengamos presentes las instrucciones del Apóstol á los Colosenses (1): Hablemos con agrado, y con sal; con agrado, para evitar todo cuanto podría dañar al prójimo; y con la sal de la discrecion, para evitar todo lo que podría ofender á Dios. El hablar con agrado sirve para evitar las palabras ásperas, las frases mordaces, las murmuraciones, las detracciones, las maledicencias y las calumnias; el hablar con sal, ya que sal en las Escrituras es una expresion metafórica usada para indicar la modestia y la piedad, sirve para evitar las blasfemias, las burlas, las expresiones irreligiosas y el lenguaje obsceno. De esta suerte, hablando poco y hablando bien, en vez de hacer de la lengua un instrumento de contaminacion, usaremos santamente de este órgano que Dios nos ha concedido para su gloria, para instruccion nuestra, para la edificacion del prójimo, para utilidad é inocente distraccion de todos; así seguiremos las enseñanzas é imitaremos los ejemplos que nos legó María, seguiremos las instrucciones é imitaremos los ejemplos de Jesús.

Y ahora por amor á Jesús, y á María, os exhorto, hermanos míos, á cerrar los lábios como con candado que la refrene y la gobierne. De nada sirve cerrar los ojos á espectáculos escandalosos, si no se cierran los lábios á palabras indecentes; de nada serviría ir por buen camino, si no se conservára intacto el silencio sobre lo que es, ó podría ser indecoroso. Tal vez, al resonar en nuestros oidos los aplausos de aquellos que con frases picantes, indecentes y hasta escandalosas, entretienen en afable conversacion las reuniones de etiqueta, quisierais tambien con tales medios pasar plaza de elegantes oradores de salon; pero no son tales los ejemplos de María, que avanzaba en la virtud con la meditacion y el silencio. Tal vez, al ser injuriados, vilipendiados y malditos, quisierais tambien injuriar, vilipendiar y maldecir en desahogo de justo resentimiento y de mal reprimida cólera; pero no son tales los ejemplos de Jesús, que no quebrantó el silencio, á pesar de ser injuriado, vilipendiado y maldito. Una vez San Pedro Mártir, acusado de acciones torpes, fué encarcelado, condenado á riguroso ayuno y á una vida miserable. Entre las estrecheces y los sufrimientos de la cárcel, no se rebeló contra la injusticia de los hombres, no se quejó de la propia suerte, ni declaró su inocencia; sinó que, fijos sus ojos en un Cruci-

(1) COLLOSS. IV, 6.

fijo, exclamó: ¿Señor, qué mal he hecho para ser tratado de esta suerte? É inclinándose el Crucifijado hácia él, mostrándole, con benigna sonrisa, sus llagas y su sangre, respondió: Pedro, ¿qué mal hice yo para ser tratado así?

DISCURSO XX.

SABIDURÍA.

Melior est sapientia cunctis pretiosissimis.
 Vale más la sabiduría que todas las joyas
 preciosísimas. (Prov. VIII, 11).

Cuando el Espíritu Paráclito, la bondad infinita del Sumo Dios, descendió sobre los Apóstoles, juntamente con los demás dones, infundióles el dón de la Sabiduría. Llenos de este dón aquellos primeros propagadores del Evangelio, al salir de la oscuridad del Cenáculo, hablaron diversas y extrañas lenguas, de suerte, que la muchedumbre que frecuentaba Jerusalén, se llenó de inusitado estupor. Después, corriendo como corderos rodeados de lobos voraces, faltos de todo, ignorantes y sin armas, afrontando intrépidos el orgullo de los Césares, la soberbia de los filósofos, la lujuria de los licenciosos, el fausto de los ricos, y los vicios de todos; abatidas las aras de los ídolos, plantearon la Cruz, reina del universo, en medio del mundo. Entónces se verificaron los magníficos vaticinios, en los cuales se decía: que rios de copiosas bendiciones inundarían la tierra árida, y rayos de una nueva luz disiparían las antiguas tinieblas, y pueblos innumerables se acogerían bajo los tabernáculos de Sion. Y en verdad, entónces se formó la Iglesia, que predica y enseña, amonesta y corrige, absuelve y perdona, santifica y salva; entónces los creyentes recibieron las fuerzas necesarias para sostener, seguros de la victoria, las duras luchas contra el siglo, contra Satanás y la carne.

Esta sabiduría, que infundida á los Apóstoles en el día de Pentecostés, les preparó para prodigiosas conquistas, comunicada ya á María en su misma concepcion, se le comunicó superabundantemente en el instante en que concibió el Verbo, descendido en Ella para vestirse de carne humana. Y Ella correspondió á la sabiduría con tanto amor, y con tan grande fidelidad, que la que era un dón